

¿Qué hacer con los hijos? Violencia, parentalidad, parentificación.....

Se hace cada vez más frecuente en la clínica encontrarnos con padres que acuden a la consulta desbordados por el comportamiento de sus hijos. Angustiados y con un sentimiento de impotencia. La vida familiar es un desgarramiento relacional entre unos hijos que no respetan ni acatan las normas de convivencia y unos padres sobrepasados en su qué hacer con su función parental. La sintomatología confusa, indefinida, caracterial está centrada en graves dificultades en las relaciones interpersonales, en cualquier caso, de corte regresivo y narcisista. En casos extremos, está en relación con conductas o actividades que bordean el terreno de lo asocial cuando no, directamente de lo delictivo. Se habla de “personalidades psicopáticas” y de modo mucho más amplio de “trastornos del comportamiento”. En la negociación y tramitación que todo sujeto debe hacer entre su mundo psíquico interno y la realidad externa, la articulación entre ambos fracasa cuando la respuesta es un comportamiento violento y destructivo.

Son niños y jóvenes que adolecen de un importante déficit afectivo, en ausencia de figuras paternas suficientemente sólidas y estables que permitan introyectar buenas identificaciones sobre las que hacer el tránsito al estatus de adulto. Adulto con capacidad de aceptar al otro, de establecer la diferenciación “Yo; no-yo; Otro”, como un enriquecimiento, y no como elemento peligroso y amenazante de la identidad.

No sólo en la clínica, también es perceptible a nivel social, chicos y chicas intolerantes a la frustración y sin apenas capacidad para la espera. Con un funcionamiento mental más propio de proceso primario que ya de un pensamiento secundarizado y elaborado, por lo que predominan mecanismos mentales que utilizan defensas tales como la omnipotencia del pensamiento, negación, autopercepción de un yo grandioso, etc. Las relaciones interpersonales que se establecen son de una gran intensidad pero también de una gran superficialidad, reclamando constantemente aportes narcisistas.

Cuando el encuentro afectivo no ha posibilitado un apego seguro a un objeto suficientemente bueno que pueda tolerar esa “violencia de vida” que el bebé dirigirá hacia el objeto materno, éste (objeto materno) no podrá recoger los ataques del bebé metabolizando y la desactivando la violencia, transformando así los elementos *beta* en elementos *alfa*, siguiendo a Bion.

Padres.....

Las figuras parentales son fundamentales para la construcción, organización y desarrollo del psiquismo infantil. Freud ya plantea que la vida psíquica se constituye desde el comienzo, en el encuentro necesario del bebé en situación de dependencia y desamparo total, con el Objeto que proporcionará todos los elementos necesarios para la subsistencia.

El objeto materno es con el que comienza el intercambio afectivo/emocional. Este encuentro con el Objeto, permitirá al bebé constituirse en Sujeto porque el sujeto humano necesita de otro sujeto psíquico que lo invista libidinalmente para constituirse él mismo y poder acceder a las funciones simbólicas. El bebé es un emisor de pulsionalidad y reclama todo aquello que venga a aliviar su estado de displacer. Si no hay un objeto receptor de esa pulsionalidad que actúe como continente y propicie el placer de la actividad mental, en sustitución de la auto-estimulación física, el bebé precozmente carenciado, desarrollará una actividad de búsqueda de sensaciones que conlleva una dimensión auto-destructiva. Sin ese objeto receptor y transformador, la pulsionalidad no es más que violencia en busca de contención y límites.

Por otra parte, la represión necesaria para organizar el mundo interno se confunde en ocasiones con autoritarismo, pensamiento mezclado con la idea de que la frustración es contraproducente para el desarrollo del niño. En su lugar, se instaura una corriente de permisividad condescendiente, que lejos de proteger al niño, le coloca en situaciones de las que no se puede hacer responsable. El niño dispone de permiso para hacer actividades que pueden llegar a ser lesivas, incluso para su propia integridad física (ej. niños profesionales de las carreras de motos) y dispone también de un sinfín

de objetos materiales sobre los que depositar el deseo. Mucha *presencia* de objetos y mucha *ausencia* de funciones parentales

La pareja parental, atravesada a su vez por lo que acabamos de señalar, puede representarse en el mundo psíquico del niño como difusa, sin capacidad de transmitir con suficiente claridad la instauración de la represión primaria, con lo que la estructuración edípica, cuando se instaura, lo hace débilmente.

Alianza cultura/omnipotencia infantil

Actualmente prevalece un planteamiento *“sin límites”*, sociedad sin límites, familia sin límites... y cuando no hay límites, no hay diques contenedores que canalicen la pulsionalidad y pongan orden en la confusión y el vacío. Este vacío interno hay que llenarlo compulsivamente de *“cosas”*, encontrándose así, el adolescente, *“parasitado en su deseo por un deseo anónimo que engañosamente identifica como propio”*.

Las funciones parentales no se transmiten ni circulan en el campo de lograr una verdadera humanización y socialización.

La sociedad consumista se presenta como “La Gran Madre” dispensadora y gratificadora de necesidades y deseos, alimentando así la omnipotencia infantil y la intolerancia a la frustración. La capacidad de espera, mediante la que poder tolerar la demora en la consecución de los objetivos, no se presenta como una función a desarrollar y potenciar, sino que queda elidida y se coloca en su lugar la urgencia de la satisfacción inmediata, *“aquí y ahora”*. La mente infantil queda avasallada por exigencias consumistas que reclaman sustitución inmediata de objetos, objetos (juguetes) con los que no se llega a establecer relación de afecto ni a hacer historia con la propia historia personal del niño. Cuando un objeto se estropea o rompe, queda sustituido, casi de inmediato por otro igual o mejor. Valores como conservación, cuidado, capacidad de reparación, quedan relegados al terreno de lo *“desechable”* en identificación con los propios objetos, las más de las veces, también desechables. Niños frágiles y caprichosos que están convencidos de que alguien tiene que garantizarles la felicidad.

Por otro lado, la invasión excesiva de estímulos imposibles de procesar psíquicamente, da origen a una saturación interna para la que el niño y el adolescente no tienen aún recursos organizados con los que poder dar respuesta. La avalancha de objetos con los que, a veces, se sepulta literalmente al niño, dotados de una tecnología muy por encima de las capacidades de poderla comprender, dado que dicha tecnología es abrumadora y posibilita acciones para las que no es necesario comprender la base de su funcionamiento, facilita la creencia de que los conocimientos y los procesos cognitivos son secundarios a la ejecución del “acto”, presentándose éste casi como algo “mágico”.

Curiosa y paradójicamente, este avance científico y tecnológico en lugar de dar paso a una apertura al pensamiento (proceso secundario) en la línea de un desarrollo maduro y adulto, viene a entroncarse con el más primitivo e infantil de los funcionamientos mentales: la omnipotencia que no tolera la renuncia ni la castración y recurre a la “magia”, como hacía el hombre primitivo, para explicar aquellos fenómenos que se situaban fuera de su alcance cognitivo. El niño no encuentra donde depositar su insatisfacción y displacer, y recibe en lugar de la función transformadora una avalancha de objetos materiales que taponan el acceso a una capacidad moderada de tolerancia a la frustración.

Transgeneracionalidad

La trama vincular se establece con ligazones fusionales que amordazan y capturan el psiquismo infantil, pudiéndole hacer depositario del trauma padecido y no resuelto por la generación anterior. “*Contrato narcisista*” lo llama Piera Aulagnier (1975) para nombrar el fenómeno por el que, lo que en la mente de la madre o del padre no ha pasado por la representación, es transmitido al hijo. Éste, se hace entonces, depositario de una parte no explícita y no accesible de la historia de los otros quedando alienada su propia subjetividad, sin un pasado historizado, sino con un pasado-presente que funciona como un *fantasma*.

Nicolas Abraham y María Torok (1968) dicen que el trauma de una generación, no resuelto por su inabordabilidad dado su carácter de tristeza inenarrable se invisibiliza y oculta en *criptas psíquicas*, espacios internos a modo de separatas de la vida psíquica, en donde el trauma queda “*encriptado*” obligando al niño a vivir una historia que no es la suya. Le ha sido transmitida por *telescopaje generacional*, concepto desarrollado por Haydée Faimberg (1981)

Unos apoyos narcisistas sólidos, sin dudas ni fracturas por parte de los padres en la transmisión a sus hijos, constituye la base de una relación segura. Cuanto más sólidos son estos apoyos que recargan el narcisismo estructurante -no el narcisismo maníaco/omnipotente- más fácil es entrar en contacto con un objeto que no es vivido como una amenaza al Yo.

Una forma gráfica de entender este proceso es, en analogía con un ventrílocuo. El hijo no es sentido como otro, sino como un depositario de un secreto familiar, un duelo no elaborado, manteniendo un tiempo circular en el que Tánatos es el protagonista de la escena y la pulsión de muerte es la que prevalece. Como el muñeco del ventrílocuo, el discurso es de otro. Así, podemos encontrarnos con niños/adolescentes con sintomatología inoculada desde generación o generaciones anteriores.

Funciones parentales

Es frecuente encontrarnos en la actualidad con padres “asustados”, frágiles, que no son capaces de incluir a sus hijos en una normativa que organice límites (externos e internos) con los que el niño pueda sentirse protegido y seguro. La necesaria transmisión de una norma que contenga y organice la confusión y el desorden interno de pulsiones es también un elemento de soporte de la sexualidad infantil. Sexualidad que como sabemos a través de *Tres ensayos* se encuentra apuntalada en:

- funciones corporales necesarias para la vida,
- sin objeto sexual porque es auto-erótica (objeto en el propio cuerpo)
- con meta sexual enlazada en una zona erógena que sirve de soporte, son por lo tanto pulsiones parciales sin unicidad en lo corporal, sino ligadas al órgano.

Estas pulsiones parciales evolucionarán subordinándose a los órganos genitales, cosa que no ocurrirá hasta la adolescencia cuando los cambios corporales den entrada a los cambios psíquicos, y cuando como dice René Diatkine *“el joven comience a relacionarse y a habitar un cuerpo de adulto”* llevando a cabo los dos procesos fundamentales de este período:

- reorganización narcisista
- integración de la sexualidad genital

El tránsito entre la sexualidad infantil y la sexualidad adolescente dice Freud que se hace *“luego de superado el período de latencia”*. Y también dice Peter Blos *“El requisito para ingresar en la fase adolescente de organización pulsional yoica reside en la consolidación del período de latencia; si ella no se produce, el púber no vivencia sino una intensificación de las características previas a la latencia, y exhibe un comportamiento infantil que tiene el carácter de una detención más que el de una regresión”*

Es un hecho que comprobamos cada vez con más frecuencia, que la excitación edípica, lejos de quedar subsumida en la “tranquilidad” de la latencia, continúa de forma ininterrumpida con estímulos hiper-excitantes sexualmente, que al no sucumbir a la represión secundaria derivada de la elaboración del Edipo, no pueden configurar los diques contenedores de la pulsión que desviarán la energía sexual hacia otras metas mediante procesos de *sublimación* (aprendizaje, juegos, deportes...). No se instala la represión necesaria y las manifestaciones sexuales infantiles persisten *“en abierto”*. El aparato psíquico queda a merced de los impulsos provenientes del Ello y se dificulta la estructuración del Super-yo. Esto dificultará también la entrada en el proceso adolescente. Se daña seriamente al adolescente si no se favorece el establecimiento del Super-yo en su doble función protectora y prohibidora.

Son escenarios parentales en donde no se estableció la diferencia jerárquica entre padres e hijos, quedando éstos, muchas veces fusionados, cabe mejor decir atrapados, en lazos pegajosos que no discriminan el yo del niño del de los padres.

El escenario parental es difuso, sin claridad en el reparto de roles lo que dificulta, cuando no, impide, la instauración del edipo. Los padres no quieren ser padres, sino “amigos” de sus hijos, “colegas”, colocándose así, en un lugar que no corresponde, abdicando y renunciando a ejercer la función de padres, que es por otra parte, reclamada por sus hijos. Es evidente que asistimos a un descrédito de la autoridad. No ejercer la autoridad no es dar más libertad al hijo. Es abandonarlo a la tiranía de sus necesidades y contradicciones.

Adultos con personalidades infantiles y que no facilitan el acceso de sus propios hijos a la madurez, o -al contrario- padres que instalados en esos posicionamientos infantiles, convierten a sus hijos en “padres de ellos mismos” dando lugar al fenómeno que conocemos como parentificación. En cualquier caso, confusión de roles, seducción perversa y relaciones familiares, unas veces demasiado adhesivas y otras, ausentes, carentes de la envoltura que permite poner en marcha la autoestima narcisista necesaria para actuar como organizadora y preservadora de la vida. Parentalidad líquida, haciendo nuestra la expresión de Z. Bauman (1999). Escenarios parentales para representar la obra *“His Majesty the Baby”* en donde por exigencias del guión *“....el punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad, conquista su afirmación refugiándose en el niño. El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres, que revela evidentemente su antigua naturaleza en ésta su transformación en amor objetal”* (Freud 1914, pág. 2027).

Vulnerabilidad del Yo

Las conductas violentas se presentan, así, como un intento de adquirir una identidad grandiosa y fuerte que resulta ser una pseudo identidad con la que intentar protegerse de los duelos de fondo, que no han podido ser elaborados por no haber podido ser, ni tan siquiera planteados, son los duelos que tienen que ver con el sentimiento de soledad y abandono en que se encuentra el niño que no recibe la cobertura necesaria, tanto en su versión deficitaria (niño que no recibe nada) como desbordante (exceso de excitación no ligada, y no sostenimiento de la parentalidad). Son los duelos puberales normales.

En ambos casos, la relación entre conducta violenta e inseguridad interna creemos que es fuertemente estrecha, propiciando un sentimiento de vulnerabilidad del Yo que se siente amenazado en su identidad, lo que, paradójicamente, da lugar a una extrema dependencia del objeto, dependencia que es sentida como intolerable porque aquello de lo que se tiene necesidad, es lo que impide la autonomía. La necesidad del “Otro” no es sentida como tal, sino como una invasión, como un poder que el “Otro” ejerce sobre el Yo, sintiéndose éste amenazado, desbordado por la intensidad de sus emociones para las que no encuentra cauce por las que hacerlas circular. La única salida que encuentran es la expulsión violenta y desorganizada al exterior, actuando así, la fantasía de ejercer un control omnipotente y un dominio sobre la víctima, control que es el que no puede aplicarse a sí mismo y a su propio mundo interno.

No se dio la diferenciación que haya permitido al bebé -en su momento- separarse del objeto (figura protectora, madre...), por lo que no ha podido incorporar mediante introyección, las funciones simbólicas que le van a permitir organizar su capacidad de pensar y también su capacidad de retener al objeto ausente pudiendo deprimirse. La capacidad de representación se construye en la *presencia/ausencia* y el bebé puede empezar a simbolizar cuando puede representarse al objeto materno en ausencia de éste.

En su lugar, la angustia que no ha podido ser metabolizada mediante la función *alfa*... la capacidad de *reverie*...(Bion,) ni la acogida por parte de unas figuras paternas *suficientemente buenas* (Winnicott), se reintroyecta como una violencia sin nombre, muda, invisible, preñada de odio destructivo que no tiene más salida que la evacuación del aparato mental. Enriqueta Moreno señala cómo la búsqueda desesperada del objeto bueno que nunca se tuvo o se tuvo de forma fragmentada, se transforma en odio vengativo.

La angustia no ha podido ser tramitada, porque los padres no han sabido/podido devolver a la mente de sus hijos, los terrores transformados, y con un significado para poderlos pensar o soñar.

Siguiendo el pensamiento de Melanie Klein, diremos que fueron niños que no pudieron avanzar de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva lo que constituye una importante falla estructural. Según la conceptualización teórica de Balint (1967) serían niños aquejados de lo que él llamó la "*falta básica*".

En esta situación, se intenta restaurar mediante la posesión y el dominio violento sobre los objetos externos, una identidad que se percibe amenazada y con riesgo de fragmentación, como dice Ph. Jeammet (2002) el acto violento se presenta como defensa frente a la amenaza que planea sobre la identidad del sujeto. Y la identidad es conflictiva, porque las instancias encargadas de transmitirla a través de las funciones parentales y sociales no lo hicieron, o lo hicieron deficitariamente.

M^a Teresa Muñoz Guillén

Psicóloga especialista en Psicología Clínica

Psicoanalista

Bibliografía

ABRAHAM, N. et TOROK, M. (1968) *“El duelo y el fantasma de un cadáver exquisito”*
Ammorortu editores 2005 Biblioteca de Psicoanálisis. Buenos Aires

BALINT, M. (1967) *“La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión”* Paidós
Ibérica S.A.1993

BAUMAN, Z. (1999) *“Modernidad líquida”* Fondo de Cultura Económica

BERGERET, J. (1984): *“La violencia fundamental”* México, FCE

BION, W. (1996) *“Volviendo a pensar”* Ed. Lumen-Hormé

BLOS, P. *“La transición adolescente”* Ed. Amorrortu (1981)

CHAIT TRACHTENBERG, A. et alius Cynara Cezar Kopittke
Dense Zimpek T. Pereira
Vera Dolores Mainieri Chem
Vera María Homrich Pereira de Mello
(2005): *“Transgeneracionalidade de escravo a herdeiro: um destino entre gerações”*
Brasil Casa do Psicologo

EIBL-EIBENFELD, I. (1972): *“Amor y odio. Historia natural de las pautas elementales de comportamiento”* México Siglo XXI editores

_____ (1993): *“Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana”*
Madrid, Alianza

FAIMBERG, H. *“El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre las generaciones”*. Amorrortu editores 2006. Buenos Aires

FREUD, S. (1930): *“El malestar en la cultura”* O.C. Madrid Ed. Orbis 1988

_____ (1914): *“Introducción al narcisismo”* “ “

_____ (1905): *“Tres ensayos de teoría sexual”* Amorrortu editores vol. 7 1989.

Buenos Aires.

JEAMMET, PH. (2002): *“La violencia en la adolescencia: una defensa de la identidad”*
Conferencia en A.P.M. (Documentos internos)

LORENZ, K. (1963) *“Sobre la agresión: el pretendido mal”* Ed. Siglo XXI

MORENO, E. (1996) *“La agresión: paradoja de vida y muerte”* Rev. de Psicoanálisis
A.P.M. nº 24